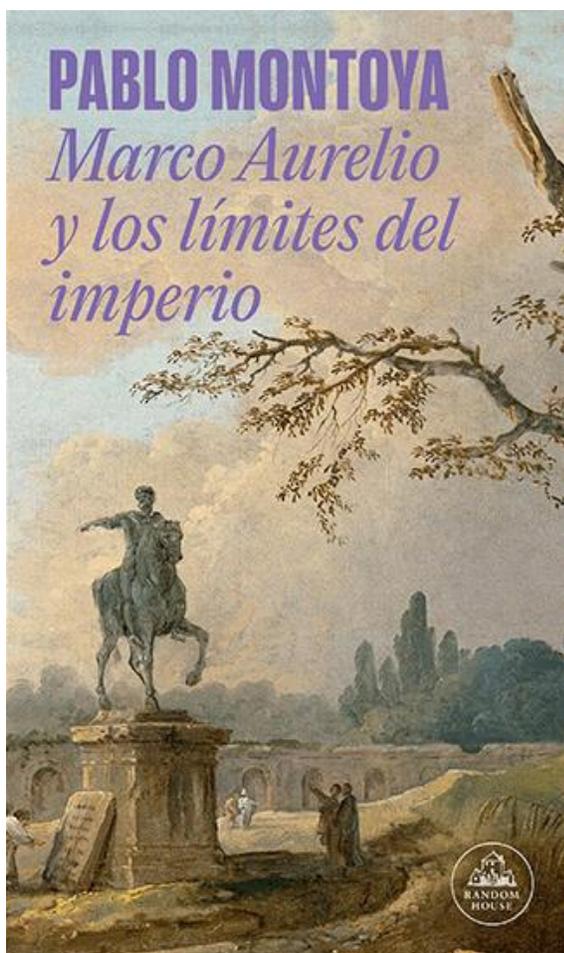


Montoya, Pablo. *Marco Aurelio y los límites del imperio*. Bogotá: Editorial Penguin Random House, 2024. 304 págs.

Orfa Kelita Vanegas

Universidad del Tolima - Colombia



Marco Aurelio y su largo monólogo sobre la muerte

La muerte como motivo estético es una preocupación constante en la escritura de Pablo Montoya. Las propuestas poéticas del autor para indagar uno de los misterios más inquietantes del ser humano se pueden rastrear en novelas como *Lejos de Roma*, *Tríptico de la Infamia*, *La sombra de Orión*, o en los cuentos de *Razia* y *El Beso de la noche*, también en relatos poéticos como *Solo una luz de agua* y *Hombre en ruinas*. Mas, si bien en estos textos dicho fenómeno toma forma en pasajes particulares, es en *Marco Aurelio y los límites del imperio* donde la muerte gira en tema nuclear; cada elemento que conforma la trama se articula a la reflexión sobre la finitud humana. El libro toma dimensión a partir de la conciencia de Marco Aurelio sobre su pronta muerte a causa de la peste que le corroe el cuerpo. Saberse *ad portas* de la muerte motiva una escritura autorreflexiva sobre el presente inmediato – atiborrado de dolor, de “niebla y olvido”– pero, asimismo, sobre el pasado y los momentos simbólicos de una vida atravesada por la grandeza política y el devenir familiar e íntimo. Sea por ello, quizás, que en páginas finales el emperador exprese: “De pronto, me sobreviene la idea de que esto que he escrito solo es

un largo monólogo frente a la muerte” (300).

Meditaciones, de Marco Aurelio, es, sin duda, uno de los libros que sirvió a Pablo Montoya para comprender el pensamiento del emperador histórico. Tal libro, escrito a modo de autobiografía y para no ser publicado, proyecta un narrador filosófico, el emperador mismo, que explica la muerte como una nada fútil, como un desaparecer absoluto de la individualidad humana en un cosmos interminable. La novela de Montoya si bien se alimenta de estas reflexiones, también toma distancia para proyectar una mirada más sensible y esperanzada sobre la muerte y de lo que de ella se deriva. Podríamos decir que el escritor colombiano da forma a una autotanatografía, donde la conciencia de la muerte vigoriza la voz del emperador y le lleva a revisar su existencia: desde el momento germinal en el vientre de la madre hasta el instante último cuando vislumbra el luminoso lirio blanco, que como una bella imagen poética simboliza el éxtasis del espíritu en su viaje hacia el “más allá”.

La autonarración del adolecido Marco Aurelio lleva a pensar en que la muerte no está dada, sino que es lo que hay que hacer. Frase tras frase el emperador *hace* su muerte, se *hace* mortal y adquiere así el poder de hacer y dar sentido y verdad a aquello que lo hace *ser*. “El hombre muere y eso no es nada, pero el hombre es a partir de su muerte”, dice Maurice Blanchot. La autonarración tanática origina un mundo expresivo de las facetas más fundamentales de la vida de Marco Aurelio: la sobriedad en las decisiones políticas, los afectos paternos, el goce erótico, el placer de la conversación con los amigos. En la capacidad de escribir la muerte propia Marco Aurelio *es*. La escritura le concede las certezas inasibles, pero inquebrantables de lo efímero y de lo eterno. Este enfoque narrativo del emperador de Montoya recuerda a dos personajes entrañables: a Iván Ilich de Tolstoi y al Adriano de Yourcenar. Mientras que Adriano expresa: “Tratemos de entrar en la muerte con los ojos abiertos”, es la última frase de su larga epístola dirigida a un joven Marco Aurelio, que bien podría ser el emperador de Montoya; el personaje de Tolstoi, después de una autorreflexión de profundas resonancias fúnebres, se entrega tranquilamente a los brazos de la Parca. La narración tanatográfica se resuelve entonces en un ejercicio de introspección literaria sobre la existencia humana y su relación con el cosmos, la vida cotidiana y el poder.

Montoya nuevamente recurre a la consideración metaliteraria. Esta vez, a partir de dos personajes sabios, Livio Tertulo y el viejo ciego de la biblioteca de Alejandría, la novela presenta un panorama del siglo II en cuanto al sentido de la palabra, la oratoria, los cantos, la literatura, los discursos políticos. Los pasajes del viejo ciego, que siempre va guiado por una joven de origen oriental –un claro guiño a Borges– se constituyen como una especie de apología a los libros, el conocimiento y la gramática infinita del ser humano desde que usa la gráfica. El viejo dice *ser el compendio de los libros que ha leído*. Con Livio Tertulo la escritura se transforma en una apasionada e inteligente discusión política. Amigo entrañable del emperador, tal personaje se ofrece como voz contradiscursiva al poder ejercido por el imperio romano. La paz y la guerra son motivo de disertación. Las discusiones entre el emperador y su amigo, se puede decir, actualizan ideas y puntos de vista acerca del arte de gobernar, el poder y lo político. Tertulo, quizás un alter ego de Montoya, a partir de un entendimiento contemporáneo del quehacer gubernativo, desmonta los ideales de la política militar y expansionista del imperio romano. La novela en este sentido, puede ser leída como un tratado literario sobre el poder político. Ciertamente, Montoya ingenia este tipo de héroes para revisar las contradicciones del Marco Aurelio histórico, un emperador filósofo, amante de la poesía y las artes, que, según *Meditaciones* y sus biógrafos, abogaba por la reflexión y la inteligencia, detestaba la guerra y sus miserias, sin embargo, muere en un campo de batalla asediado por la peste, lejos de las maravillas de Roma, en medio de soldados burdos y el olor acre de la guerra.

Al terminar la lectura de *Marco Aurelio y los límites del imperio* no deja de inquietarme para qué tipo de lector escribe Montoya. Y pienso que escribe para un lector sensible a la prosa poética y la reflexión filosófica, para quien se deleita con la deconstrucción estética de figuras magnánimas hasta desvelar su faceta más humana. Escribe para quien busca comprender en la actualización de estos íconos inmortales del poder lo que nos sucede hoy como sujetos políticos en sociedades alteradas, hundidas en la desolación y la guerra, a causa de gobernantes mediocres e insensatos.